

## La peligrosa miopía de la Administración Reagan

En el contexto de una agresiva campaña por incrementar la ayuda militar a El Salvador, y a pocos días de la llegada de Su Santidad Juan Pablo II a tierras centroamericanas, dos altos funcionarios de la Administración Reagan expresaron su preocupación por el "apoyo" que el clero católico está dando a las "revoluciones marxistas" en lugares como El Salvador.

Testificando ante el Subcomité de Asignaciones Presupuestarias del Senado, el Secretario de Estado George Shultz atacó a aquellos "sacerdotes que quieren ver incrementada la influencia soviética en El Salvador". El comentario fue hecho en respuesta a una pregunta sobre la posibilidad de encontrar una solución negociada con los insurgentes salvadoreños, tal como lo han sugerido Mons. Rivera y Damas y el mismo Papa Juan Pablo II. Aunque Shultz no mencionó nombres, dijo que "cuando se siguen políticas que pueden resultar en esos efectos, eso es lo que se está haciendo".

Al día siguiente, en una reunión de un grupo denominado "Diálogo Interamericano", el Vicepresidente de los Estados Unidos, George Bush, expresó que "no podía comprender cómo los sacerdotes podían reconciliar su fe con las tácticas e ideas marxistas". "Tal vez esto me hace un extremista de derecha", dijo Bush, "pero me encuentro perplejo. Simplemente no puedo comprenderlo."

La respuesta de la Iglesia católica norteamericana no se ha hecho esperar. El Rev. Theodore Hesburg, de la Universidad de Notre Dame, presente en la reunión con Bush, trató de explicarle la posición de la Iglesia: son la pobreza y la injusticia social endémicas de la región contra lo que la Iglesia lucha. También los marxistas dicen

luchar contra esto. Ello no significa, sin embargo, que el clero sea marxista, ni que la Iglesia esté contribuyendo a avanzar las posiciones soviéticas.

Testificando ante una subcomisión del Congreso, y a nombre de la conferencia episcopal de Estados Unidos, el arzobispo de Washington reafirmó pocos días después las declaraciones de Hesburg, rechazando "cualquier insinuación que sugiera que la política de la Iglesia en Centroamérica sirve los intereses marxistas". Al tiempo, cuestionó seriamente la política de la Administración Reagan hacia El Salvador, insistiendo en que los Estados Unidos deben comprender que "el problema principal en El Salvador son las estructuras políticas y económicas injustas del país y no el papel de la Unión Soviética o Cuba en Centroamérica", y que "en lugar de tener fijaciones sobre soluciones militares", la Administración debería abocarse a la búsqueda de soluciones políticas y diplomáticas, conjuntamente con otras naciones como México, Venezuela y los países europeos. Concluyó diciendo: "Ciertamente esperamos que el Secretario de Estado Shultz y el Vicepresidente reflexionarán más sobre sus afirmaciones, las cuales espero no constituyan su juicio razonado".

Por su parte, John J. Roach, arzobispo de Saint Paul y Minneapolis y presidente de la conferencia episcopal de los Estados Unidos, envió una carta al Presidente Reagan en la que expresa su "preocupación por las recientes afirmaciones de dos altos funcionarios de su Administración sobre el papel de la Iglesia católica en Centroamérica". Al mismo tiempo que solicita una reunión para discutir con el Presidente "estas complejas y delicadas cuestiones", el arzobispo



Roach rechaza "cualquier insinuación de que la visión pastoral fundamental y el ministerio de la Iglesia católica estén basadas en alguna ideología extraña o busque servir sus propósitos". Tales afirmaciones, agrega Roach, hechas justo antes de la visita pastoral de Juan Pablo II a Centroamérica, "fueron, cuando menos, poco oportunas".

Bush puede o no ser un extremista de derecha, pero ciertamente su inhabilidad para distinguir entre marxismo y catolicismo parece ser un elemento más de su miopía ideológica, enfermedad que parece ser endémica al interior de la Administración Reagan. Vale la pena recordar que fue Bush quien, durante la reciente visita a los Estados Unidos del Presidente Ferdinando Marcos, de las Filipinas, brindó por él diciendo: "Amamos su adherencia a los principios democráticos y al proceso democrático". Probablemente Bush también se encuentre perplejo de por qué la conferencia episcopal filipina denunciara a Marcos el mes pasado por su brutalidad y corrupción.

El presidente Reagan también parece tener sus dictadores favoritos. Durante su visita a Centroamérica en diciembre de 1982, fue Reagan quien dijo que el presidente guatemalteco Ríos Montt estaba "dedicado totalmente a la democracia", ignorando por completo las denuncias de las más reputadas organizaciones estadounidenses y de otras nacionalidades sobre las masacres cometidas por el régimen guatemalteco contra su población indígena. Probablemente tanto el presidente como el vicepresidente se encuentren confusos y perplejos ante las severas censuras que el Sumo Pontífice hiciera al régimen durante su reciente visita y consideren que el re-

ciente llamado de Juan Pablo II para que cese la intervención extranjera en Centroamérica sea la más clara señal de las tendencias marxistas del Vaticano.

Es precisamente esta miopía la que mantiene a la Administración Reagan en sus obsecadas posiciones militaristas, prolongando la tragedia que vive el país, tensionando peligrosamente la región y justificando las atrocidades de aquellas fuerzas que ven en el cambio la más grande amenaza a sus intereses. Es precisamente esta Administración la que certifica que el régimen salvadoreño está haciendo progresos en su respeto a los derechos humanos y en el fortalecimiento de las instituciones democráticas.

El suponer que las posiciones de la Iglesia en Centroamérica son producto de la influencia marxista es no sólo una manifestación de la más grande ignorancia sobre el desarrollo de la Iglesia en América Latina, sino tan ridículo como suponer que las insurgencias que sacuden la región centroamericana no pueden dar un paso sin consultar primero por teléfono con el Kremlin.

Poca credibilidad puede ofrecer una administración que se dice defensora de las libertades democráticas y que avala los procesos electorarios cuando sus más altos representantes buscan acallar con sus ataques verbales a una de las pocas fuerzas moderadoras que aún persisten en la sociedad salvadoreña. Pero así como las balas norteamericanas no han podido acallar los clamores de justicia del pueblo salvadoreño, tampoco las palabras lograrán acallar a una Iglesia que ha visto esa injusticia, que la denuncia y que busca las formas más civilizadas por superarla.

G.A.G.